

BIBLIOTECA
del HOGAR
CRISTIANO

SERMONES ESCOGIDOS

- TOMO 2 -



ELENA G. de WHITE

Sermones Escogidos

Tomo 2

Elena G. de White



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Introducción

- 1 - Diligencia en la obra de preparación
- 2 - El deber de pastores y laicos de trabajar unidos en favor de las almas
- 3 - El compañerismo cristiano
- 4 - Preparación para la venida de Cristo
- 5 - El privilegio de ser cristiano
- 6 - La necesidad de obreros capaces y consagrados
- 7 - Cómo llegar a ser fieles servidores de Cristo
- 8 - La intervención del cielo en el conflicto
- 9 - La obra en Míchigan
- 10 - Utilizar nuestros talentos al máximo
- 11 - Trabajemos para mostrar a Cristo al mundo
- 12 - Escudriñad las Escrituras
- 13 - La importancia de que toda la familia guarde el sábado
- 14 - Cristo, puente sobre el abismo del pecado
- 15 - La levadura de la verdad
- 16 - La espiritualidad de los empleados de la iglesia
- 17 - La sumisión de nuestra vida
- 18 - La presencia del Espíritu Santo en Avondale

- 19 - La obra médica misionera y el ministerio pastoral
- 20 - Cristo, nuestro amante Consolador y Sanador
- 21 - Preparar el corazón para recibir el Espíritu Santo
- 22 - La obra en el Sur
- 23 - Acudir a Dios en busca de sabiduría y poder
- 24 - La esperanza del cristiano
- 25 - La promulgación de la Ley
- 26 - Nuestro hermano mayor
- 27 - Enseñanzas de 2 Pedro 1
- 28 - Los peligros de las políticas y los principios mundanos
- 29 - El Cristo divino y humano presentado en el Apocalipsis
- 30 - Instrucciones acerca de establecer instituciones y otros asuntos
- 31 - Todo el que ofrece alabanzas glorifica a Dios
- 32 - Superación personal
- 33 - Enseñanzas de Isaías 58
- 34 - Una súplica en favor de la unidad
- 35 - El matrimonio y el hogar cristiano
- 36 - Creciendo en la gracia
- 37 - Los juicios de Dios sobre las ciudades
- 38 - Charla dirigida a los jóvenes
- 39 - Por qué tenemos sanatorios
- 40 - Permanecer en Cristo
- 41 - “Como niños pequeños”

42 - Un llamamiento a evangelizar las ciudades

43 - Enseñanzas de Daniel 1

44 - Un llamamiento a trabajar en las ciudades

45 - La higuera estéril

46 - Perseverar en el Señor

47 - “No os dejaré huérfanos”

Sermones escogidos. Tomo 2

Elena G. de White

Dirección: Martha Bibiana Claverie

Diseño de la tapa: Nelson Espinoza

Diseño del interior: Nelson Espinoza

Ilustración de la tapa: Shutterstock (Banco de imágenes)

Libro de edición Argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. © 2012 APIA. © 2012 GEMA.

© 2015 Asociación Casa Editora Sudamericana.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-319-1 (Obra completa)

ISBN 978-987-798-182-7 (Tomo 2)

White, Elena G. de

Sermones escogidos / Elena G. de White / Dirigido por Martha Bibiana Claverie. - 1ª ed.- Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

ISBN 978-987-798-182-7

1. Sermones. 2. Cristianismo. I. Claverie, Martha Bibiana, dir. II. Título.

CDD 252

Publicado el 20 de mayo de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Introducción

El ministerio inspirado de Elena de White está indisolublemente vinculado con el nacimiento y el posterior desarrollo de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Mediante sus escritos y sermones, la mensajera inspirada de Dios alentó a los desanimados creyentes luego del gran chasco de 1844, les impartió nuevas esperanzas, dirigió su atención a la “verdad presente” de la Biblia y los motivó a llevar el mensaje de los tres ángeles a todo el mundo. Su don profético, unido a su inquebrantable confianza en la Biblia como la infalible prueba tanto de la verdad como de la práctica, proveyó de una sólida base para un movimiento tan pequeño en sus comienzos, que únicamente la especial dirección divina pudo hacer que el movimiento adventista sea lo que hoy es: una iglesia mundial con millones de miembros, con obreros en todos los rincones del planeta que proclaman las buenas nuevas de que Jesús vuelve pronto.

Sus escritos constituyeron un componente esencial en su ministerio. Desde que era una adolescente, esta destacada mujer consignó por escrito los mensajes que Dios puso en su corazón y le mostró a través de visiones. Con el paso de los años, sus escritos fueron ofreciendo consejos sobre prácticamente todos los aspectos de la vida humana y del desarrollo de la iglesia. Dios le reveló las necesidades de los individuos y de la iglesia como institución, y ella no titubeó al comunicar los consejos y las determinaciones celestiales. Únicamente una persona que creía en el llamamiento divino pudo haber utilizado su tiempo y sus fuerzas en forma tan diligente para redactar a mano aquellos mensajes inspirados. Muy a menudo, dichos mensajes llegaron en el momento preciso para que la iglesia no fuera desviada de su derrotero.

Sin embargo, escribir no fue la única faceta del ministerio profético de Elena de White. Sin haber recibido educación formal, se convirtió en una de las más destacadas y dinámicas oradoras de la época. Cuando se sabía que ella iba a predicar en alguna iglesia o reunión pública, la gente acudía de muchos lugares para escucharla. Utilizaba su voz con gran maestría, y la podían escuchar incluso aquellos que se encontraban de pie, distantes de donde ella hablaba. Al público no religioso, por lo general, le hablaba del tema de la temperancia, aunque siempre sus charlas llevaban un implícito mensaje: “Cristo, nuestra justicia”. Ella se gozaba en hablar de Jesús y de su incomparable gracia.

Hace cuatro años publicamos en castellano el tomo I de *Sermones escogidos*. La acogida ha sido tan buena que ahora ofrecemos el tomo II. Al igual que los mensajes del primer libro, los sermones y las charlas que aparecen en el presente tomo son mayormente de la segunda mitad del ministerio de Elena de White. Esto podría atribuirse al hecho de que sus mensajes fueron recopilados con mayor fidelidad durante ese período que durante los primeros años de su ministerio. Dichos mensajes fueron registrados taquigráficamente, y gracias a ello el lector podrá captar el peculiar “estilo” de la señora de White como oradora.

Confiamos en que una visión más profunda y una más íntima relación con el Señor recompensarán a todos los que lean los mensajes de la presente obra. Según lo indique la demanda, y en el momento en que ello resulte materialmente posible, se publicarán nuevas recopilaciones de sermones de Elena de White.

Los fideicomisarios del Patrimonio White

Diligencia en la obra de preparación¹

No pretendo hablar mucho esta tarde, para no cansarlos. Apenas tengo fuerzas, y si fuera a tomar en cuenta cómo me siento, ni siquiera debería estar aquí. Amo al pueblo de Dios, pero no sé qué decir o qué hacer con el fin de que despierte de su actual letargo. Parece que prácticamente se me han agotado las fuerzas, pero no cesaré de exhortarlos hasta que caiga rendida, si acaso es esa mi suerte.

La luz de la verdad ha brillado en este lugar con gran claridad. Esa luz ha sido dada línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y otro poco allí. Pero la verdad que ustedes han tenido el privilegio de disfrutar, no ha sido cuidadosamente atesorada y llevada a la vida práctica. De ahí que nosotros tengamos tan poca fuerza en la actualidad.

Muchos se preguntan: “¿Por qué tenemos tan pocas fuerzas? ¿Acaso es porque el cielo ha sido sellado? ¿Será porque no hay trascendentales enseñanzas reservadas para nosotros? ¿Será porque nuestra fuente de fortaleza y poder se ha agotado, y por ese motivo no podemos recibir más? ¿Por qué no somos todos luces en el Señor? Él fue varón de dolores, experimentado en sufrimiento, fue herido por nuestras rebeliones y molido por nuestros pecados, y por sus llagas fuimos nosotros curados. Él es el Alto y Sublime, y la gloria de su presencia llena el Templo. ¿Por qué esa gloria se oculta de nosotros, que vivimos en un mundo de pecado y luchas, tristeza y sufrimiento, corrupción e iniquidad?”

El problema radica en nosotros mismos. Son nuestras iniquidades las que nos han separado de Dios. No somos saciados porque no reconocemos nuestra necesidad, porque no tenemos hambre y sed de justicia. La promesa es que si tenemos hambre y sed de justicia seremos saciados. La promesa es para ustedes, mis hermanos y hermanas. Es para mí, es para cada uno de nosotros. Las almas que tienen hambre y sed serán las saciadas. Podemos acudir a Cristo tal como somos, con nuestras debilidades, con nuestra necesidad e imperfecciones; si, arrepentidos, caemos a sus pies, presentando nuestra petición con fe.

A pesar de nuestros errores, de nuestra continua apostasía; la voz del misericordioso Salvador se escucha invitándonos: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cansados, y yo os haré descansar”. La invitación es “Venid”: al necesitado, al desfalleciente, a los que están cargados de pesares, de preocupaciones y perplejidad. Es la gloria de Cristo la que nos rodea con los brazos de su misericordia y amor; la que venda nuestras heridas; la que nos hace identificarnos con quienes necesitan empatía y fortalecer a aquellos que necesitan fuerzas. Cuando hemos estado a punto de hundirnos, hemos lanzado el suplicante ruego: “Señor, ¡sálvame, que perezco!”, y qué agradable ha sido encontrar su mano extendida para salvarnos. Él ha sido precisamente lo que ha prometido: una ayuda efectiva en momentos de necesidad. El Señor, en su misericordia, ha invitado a todos para que vengan. Cuando estuvo en la Tierra dijo a los incrédulos y obstinados fariseos: “Y no queréis venir a mí para que tengáis vida”. Ojalá que eso jamás se diga de nosotros. Hay vida, paz y gozo en Jesucristo. Él es amigo del pecador. Hay poder, gloria y fortaleza para todos nosotros en él. Si creemos que ese poder y gloria son nuestros, si cumplimos con las condiciones estipuladas en su Palabra, seremos fuertes en la fortaleza del Todopoderoso.

Hay muchos que podrían ser representados por la enredadera que se arrastra por el suelo, trenzando sus zarcillos en las raíces y los desperdicios que hay en su camino. A todos ellos les llega el mensaje: “Salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo impuro; y yo os recibiré y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso” (2 Cor. 6:17, 18).

Hay condiciones que cumplir si es que deseamos ser honrados y exaltados por Dios; separarnos del mundo, rechazando aquellas cosas que separarían de Dios nuestras respuestas afectivas. Dios posee el primero y más elevado reclamo sobre ustedes. Dirige tus afectos a él y a las cosas celestiales. Tus zarcillos deben ser cortados, para que no estén en contacto con todo lo terrenal. Se nos exhorta a no tocar nada impuro pues, de hacerlo, nos volveremos inmundos. Es imposible que ustedes permanezcan puros si se unen con los que están corrompidos. “¿Qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión, la luz con las tinieblas? ¿Qué armonía puede haber entre Cristo y Belial?” Dios y Cristo, y las huestes celestiales, desean que todos tengamos en claro que si alguien se une con los corruptos, se corromperá. Si somos hallados mezclándonos con el mundo, compartiremos la misma suerte del mundo.

Los requisitos divinos nos han sido expuestos con toda claridad, y lo que ahora tenemos que preguntarnos es: ¿los cumpliremos? ¿Aceptaremos las condiciones presentadas en su Palabra, que suponen la separación del mundo? Esta no es la obra de un momento, o de un día. No se alcanza al inclinarse ante el altar familiar, presentando una ofrenda verbal; tampoco mediante exhortaciones u oraciones en público. Es la obra de toda una vida. Nuestra consagración a Dios debe ser un principio vivo, entretejido con la vida, y

que conduzca a la negación y al sacrificio personal. Debe permear todos nuestros pensamientos y ser el impulso de toda acción. Eso nos elevará por encima del mundo y nos separará de su influencia contaminante.

Nuestra experiencia religiosa impacta todo lo que hagamos. Si dicha experiencia está asentada en Dios y entendemos los misterios de la santidad; si a diario estamos recibiendo el poder del mundo venidero y tenemos comunión con Dios y la compañía del Espíritu; si cada día nos aferramos con mayor firmeza a una vida superior, acercándonos más y más al sangrante costado del Redentor; entonces habremos forjado en nosotros los principios que son santos y elevadores. De este modo, resultará para nosotros tan natural buscar la pureza y la santidad, y la separación del mundo, como a los ángeles gloriosos les resulta el llevar a cabo la misión de amor que se les asigna con el fin de salvar a los mortales de la corruptora influencia del mundo.

Todo aquel que entre por las perlinas puertas de la ciudad de Dios será un hacedor de la Palabra. Será un copartícipe de la naturaleza divina, luego de haber escapado de la corrupción que existe en el mundo a causa de la lujuria. Es nuestro privilegio reconocer la riqueza que hay en Cristo, y ser bendecidos por la provisión realizada a través de él. Se ha hecho una amplia provisión para que seamos levantados de lo más bajo de la tierra, y para que tengamos nuestros sentimientos afianzados en Dios y en las cosas celestiales.

¿Acaso esa separación del mundo, en obediencia al mandato divino, nos incapacitará para llevar a cabo la tarea que Dios nos encomendó? ¿Impedirá que hagamos el bien a quienes nos rodean? No. Cuanto más firme sea nuestro asidero del cielo, mayor será nuestro poder para ser útiles en el mundo. Deberíamos estudiar la forma de imitar a

nuestro Modelo, de manera que el Espíritu que estuvo en Cristo pueda morar en nosotros. El Salvador no se encontraba entre los personajes más populares y honrados del mundo; no pasó tiempo entre aquellos que perseguían el ocio y el placer. Él se mantuvo haciendo el bien por todo lugar. Su misión era ayudar a los necesitados, salvar a los perdidos y a los que perecían, levantar al caído, romper el yugo de opresión de los que estaban en servidumbre, sanar a los afligidos y dirigir palabras de consuelo y gracia a los agobiados y afligidos.

Estamos obligados a imitar ese Modelo. Ocupémonos buscando bendecir al necesitado y consolar al afligido. Cuanto más tengamos del Espíritu de Cristo, más intentaremos hacer a favor del prójimo. Nos llenaremos de amor por las almas que perecen y nos gozaremos al seguir los pasos de la Majestad del cielo.

El cierre de la gracia está cercano. En breve se proclamará en el cielo el decreto: “Consumado es”. “El que es injusto, sea injusto todavía; el que es impuro, sea impuro todavía; el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía. ¡Vengo pronto!, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apoc. 22:11, 12). Para ese entonces, se habrá ofrecido la última oración por los pecadores; se habrá derramado la última lágrima; se habrá dado la última advertencia, la última exhortación se habrá realizado. La suave voz de misericordia no se escuchará más.

Por ello Satanás está realizando esfuerzos tan poderosos para asegurar en su lazo a hombres y mujeres. El diablo ha descendido con gran poder, sabiendo que le queda poco tiempo. Lo que intenta, por encima de todo, es que los profesos cristianos se unan a sus filas, de forma que pueda atraer y destruir a muchas almas. El enemigo está

apostando por cada alma en el juego de la vida. Él está obrando para despojarnos de todo lo que sea de índole espiritual; y, en lugar de los hermosos dones de Cristo, desea llenar nuestros corazones con todos los malos rasgos de la naturaleza carnal: odio, suposiciones maliciosas, celos, amor al mundo, amor al yo, amor a los placeres, orgullo. Necesitamos fortalecernos contra el enemigo que se acerca, que obra mediante todo engaño e injusticia en los que perecen. Si no nos mantenemos vigilantes y en oración, esos males entrarán en el corazón y expulsarán todo aquello que es bueno.

Muchos que profesan creer en la Palabra de Dios no parecen entender la engañosa obra del enemigo. No se dan cuenta de que el fin de todo se acerca. Pero Satanás lo sabe, y mientras los hombres duermen él trabaja. Los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida están controlando a hombres y mujeres. Satanás obra, aun en medio del pueblo de Dios, para causar desunión y diferencias de criterios. Entre ellos se muerden y devoran, y Satanás espera que se aniquilen mutuamente. El egoísmo, la corrupción y la maldad de todo tipo se están arraigando con firmeza en los corazones.

Muchos descuidan la preciosa Palabra de Dios. Una novela o un cuento fantástico cautivan la atención y fascinan la mente. Cualquier cosa que excite la imaginación será consumida con ansias, mientras que la Palabra de Dios es puesta a un lado. ¿Por qué sería que el pueblo judío rechazó y dio la espalda a Cristo, solicitando con denuedo que se le entregara a un ladrón mientras que el Príncipe de la vida fuera crucificado? ¿Cómo es posible que la gente llegara a tal grado de ceguera? Pues porque se distanciaron de la Palabra de Vida, porque no escudriñaron las Escrituras.

En estos últimos días, muchos son pesados en balanza y hallados faltos porque permiten que sus mentes se llenen con cosas sin importancia, mientras que la verdad eterna es descuidada. La verdad de Dios, que nos elevaría, santificaría, refinaría y nos prepararía para el toque final de inmortalidad, es soslayada a causa de asuntos de menor cuantía. Ojalá que esta ceguera se disipe, y que la gente se dé cuenta de la obra que Satanás está realizando en su medio.

Se han provisto los medios para que la comunicación entre el cielo y nuestras almas sea libre y abierta, para que recibamos la influencia de los santos ángeles. Podemos colocarnos donde los rayos de luz y gloria del Trono de Dios se nos prodiguen en abundancia. Ojalá que la luz del conocimiento de la gloria de Dios, según se observa en el rostro de Jesucristo, pueda brillar sobre nosotros, y que se diga de nosotros: “Ustedes son la luz del mundo”.

Si no fuera por la comunicación que existe entre el cielo y la tierra, no habría luz alguna en el mundo. Igual que en Sodoma y Gomorra, todos perecerían a causa de la ira de un Dios ofendido. Pero el mundo no ha sido dejado en la oscuridad. La paciencia y la misericordia de Dios aún se extienden a los hijos de los hombres. Es su deseo que los divinos rayos de luz que emanan del trono de Dios sean recibidos en nuestros corazones y reflejados por los hijos de la luz.

El amor que se revela en la vida de abnegación y desprendimiento del Salvador tiene que verse reflejado en las vidas de sus seguidores. Somos llamados a “andar como él anduvo”. La causa de nuestra debilidad radica en nuestro rechazo a obedecer este mandamiento. Por todos lados hay oportunidades para trabajar a favor de nuestros prójimos, no solamente supliendo sus carencias temporales, sino

también sus necesidades espirituales. Es nuestro deber llevar almas al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Es necesario que ocupemos debidamente nuestra posición en el mundo, en la sociedad y en la iglesia; pero no podremos hacerlo a menos que estemos fuertemente aferrados a la justicia.

Nuestra fe debe hacer un esfuerzo por penetrar hasta dentro del velo, donde ha entrado nuestro Modelo. Es posible que nos aferremos por fe de las eternas promesas de Dios. Pero para hacerlo, hemos de poseer una fe inquebrantable, firme, inamovible; que se apropie de las realidades del mundo invisible.

Es nuestro privilegio estar en pie mientras la luz del cielo nos ilumina. Haciendo eso fue que Enoc caminó con Dios. Vivir una vida pía en aquella época no le fue más fácil a Enoc de lo que nos sería a nosotros en la actualidad. El mundo en los tiempos de Enoc no era más propicio para el crecimiento en gracia y santidad que el de ahora, pero Enoc dedicó tiempo a orar y a tener comunión con Dios. Esto le permitió escapar de la corrupción que ha penetrado en el mundo a través de la codicia. Fue su devoción a Dios lo que lo capacitó para ser llevado al cielo.

Vivimos en medio de los peligros de los últimos días, y debemos recibir nuestra fortaleza de la misma fuente que la obtuvo Enoc: debemos caminar con Dios. Se pide que nos apartemos del mundo. No podemos permanecer libres de contaminación a menos que sigamos el ejemplo del fiel Enoc y caminemos con Dios. Pero ¿cuántos no son esclavos de los deseos de la carne, y de los deseos de los ojos y de la vanidad de la vida?

Todo eso nos impide participar de la naturaleza divina, y evita que podamos escapar de la corrupción que hay en el

mundo debido a la codicia. Ellos sirven y honran al yo. Su constante preocupación es: “¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Qué ropa nos pondremos?”

Muchos hablan de sacrificios, pero no saben lo que es un sacrificio. No han tomado de esa copa ni siquiera un primer sorbo. Hablan de la cruz de Cristo, profesan la fe, pero no saben lo que es la negación del yo, exaltar la cruz y cargarla en pos de su Señor. Si fueran partícipes de la naturaleza divina, el mismo espíritu que moró en su Señor moraría en ellos. La misma compasión y amor, la misma piedad y gracia se manifestarían en sus vidas. No tendrían que esperar a que los necesitados y afligidos se acercaran a ellos, ni tendrían que ser exhortados a compadecerse de sus cuitas. Sería natural para ellos ayudar al necesitado y suplir sus carencias, como lo fue para Cristo hacer el bien por todo lugar.

Todo hombre, mujer y joven que profese la religión de Cristo debería reconocer la responsabilidad que descansa sobre ellos. Todos deberían sentir que esta es una tarea individual, una guerra individual, un testimonio individual de Cristo en la vida diaria. Si cada uno reconociera esto, y se empeñara en dicha tarea, seríamos tan poderosos como un ejército abanderado. La Paloma celestial revolotearía sobre nosotros, el Sol de Justicia brillaría sobre nosotros, y la luz de la gloria de Dios no se apartaría de nuestro lado como no se apartó del devoto Enoc.

La orden que se nos da es: “Salid de en medio de ellos y apartaos”. No se espera que digan: “No tengo nada que ver con mi prójimo; él está inmerso en el mundo. No soy guarda de él”. Por este mismo motivo usted debería tener algo que decirle. La luz que se les ha dado a ustedes no deberían ocultarla debajo de un canasto; no deben guardarla únicamente para ustedes mismos. Eso es del todo contrario

a la voluntad divina. El mandato es: permitan que vuestra luz alumbre delante de los hombres. ¿La dejarán brillar por sus palabras, mediante sus acciones?

Quizá se entienda que ustedes crean en el sábado, que crean en el pronto regreso del Señor; pero ¿de qué sirve eso a la gente, si no se refleja en la vida diaria de cada uno de nosotros? Por mucho que digamos que somos seguidores de él, de bien poco sirve si no imitamos el ejemplo de Cristo.

No es únicamente al leer o escribir que ustedes luchan por su fe, sino al mostrar sus buenas obras; al llevar a los pecadores al Cordero de Dios. Su profesión de fe puede ser tan encumbrada como los cielos, pero no los salvará ni a ustedes ni a sus prójimos, a menos que ustedes sean cristianos. El ejemplo de ustedes iluminará mucho mejor al mundo que sus profesiones. Deseamos que el predicador vivo se manifieste en un ejemplo práctico. De esa forma, la luz de ustedes brillará y los demás, al ver sus buenas obras, glorificarán a su Padre que está en los cielos.

Ojalá que el Señor nos permita sentirnos como nunca antes. Si ustedes supieran que tan solo les queda una hora de gracia, probablemente cambiarían su comportamiento. No se atreverían a estar en la condición en que están ahora. Si supieran que la gracia concluye en un año, no seguirían actuando en la forma que lo hacen. Sin embargo, ni siquiera saben si vivirán un día más; no tienen ni un solo día para hacer lo que les plazca. No sabemos cuán pronto estará la muerte pulsando las cuerdas del corazón de cualquiera de nosotros. No sabemos dentro de cuánto el hacha se le aplicará a la raíz del árbol, y saldrá el decreto: “Córtenlo. ¿Para qué inutilizar también la tierra?” ¿Morirán ustedes en su condición pecaminosa, abrigando en sus corazones celos y odio? Si lo hacen, no serán más dignos del cielo que el mismo Satanás.

Están errados, si piensan que podrían abandonar los remos y aún remontar el torrente. Únicamente a través de un decidido esfuerzo, empuñando los remos con todas sus fuerzas, podrán vencer la corriente. ¡Cuántos no están tan débiles como el agua, aunque contamos con una fuente infalible de poder! El cielo está preparado para bendecirnos, de forma que seamos poderosos en Dios y alcancemos la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús.

Pero ¿quién de ustedes durante el pasado año ha progresado en la ruta de la santidad? ¿Qué ganancia ha tenido en su fuerza espiritual? ¿Quiénes han salido vencedores sobre el enemigo? ¿Quién ha sido capacitado para obtener un logro tras otro, haciendo que la envidia, el orgullo, la malicia, los celos y toda muestra de maldad sean barridos, y únicamente permanezcan las gracias del Espíritu: humildad, paciencia, cortesía, caridad?

Dios nos socorrerá si nos asimos de la ayuda que él ha provisto. “¿O se acogerá alguien a mi amparo? ¡Que haga conmigo paz!, ¡sí, que haga la paz conmigo!” (Isa. 27:5). Esa es una bendita promesa. Muchas veces, cuando me he sentido desanimada y casi desesperada, he acudido al Señor con esta promesa, diciendo: “¿O se acogerá alguien a mi amparo? ¡Que haga conmigo paz! ¡Sí, que haga la paz conmigo!” Al echar mano de la fortaleza de Dios, he encontrado una paz que sobrepasa todo entendimiento.

Yo sé que estas palabras constituyen la verdad, y que ustedes las necesitan. Ojalá que se sientan sacudidos y se suelten del abrazo del enemigo, para que se comprometan de lleno en la batalla por la vida, colocándose toda la armadura para que luchen exitosamente en contra del astuto adversario. Satanás está tejiendo su red a nuestro alrededor, y enredando nuestra alma. Él no espera que su presa acuda a él. Él anda como león rugiente, buscando a

quien devorar. Pero ¿acaso siempre ruge? No, cuando le conviene hace que su voz sea un susurro; y, cubierto con vestiduras de luz, aparece como si fuera un ángel del cielo. Los seres humanos conocen muy poco de sus astucias, del misterio de iniquidad, de forma que el enemigo los supera prácticamente todo el tiempo en forma táctica.

Muchos que han vivido bajo la resplandeciente luz de la verdad actúan como si no tuvieran nada que hacer. Observan a otro apostar por su alma en el juego de la vida, y están tranquilos, como si lo único que tuvieran que hacer es ver cómo se lleva a cabo dicho juego. Dios llama a cada uno de ustedes a asumir las responsabilidades de la vida, a empeñarse en la lucha como nunca antes.

Despierten los chismosos, los que se gozan al hablar de las faltas de este y de aquel. Les suplico que examinen sus propios corazones. Tomen sus Biblias y acudan a Dios en ferviente oración. Pidan que él les enseñe a conocer su propio corazón a la luz de la eternidad, a entender sus debilidades, sus pecados y necesidades. Pídanle que se les revele, mientras ustedes permanecen a la vista del cielo. Esa es la oración que deberíamos elevar.

Cerraría mis instrumentos musicales e, inclinándome delante de Dios, lucharía con él como nunca antes. Eleven al cielo su petición con humildad, y no descansen día o noche hasta que puedan decir: “Oigan lo que el Señor ha hecho por mí”; hasta que puedan presentar un testimonio vivo, hablando de victorias obtenidas. Este es el tiempo para entonar los cánticos de Sion.

Jacob luchó con el ángel toda la noche antes de obtener la victoria. Cuando llegó la mañana, el ángel le dijo: “Déjame, porque raya el alba. Jacob respondió. No te dejaré, si no me bendices” (Gén. 32:26). Entonces su oración fue contestada.

“Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido” (vers. 28).

Necesitamos la decidida perseverancia de Jacob y la inmovible fe de Elías. Una y otra vez Elías envió a su siervo para que comprobara si había una nube que surgiera del mar, pero no se veía ninguna nube. Finalmente, después de siete veces, el siervo regresó con la información: “Veo una pequeña nube como la palma de la mano de un hombre, que sube del mar”. ¿Acaso Elías dio un paso atrás y dijo: “No acepto esa evidencia. Esperaré a que los cielos se oscurezcan”? ¡No! Dijo: “Es hora de que nos pongamos en marcha”. Él lo arriesgó todo contando con la pequeña señal divina, y envió a su siervo para que le dijera a Acab que se escuchaba el ruido de una lluvia abundante.

Una fe como esa es la que deseamos; una fe que se aferre y no se suelte. La inspiración nos dice que Elías fue un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras. El cielo escuchó su plegaria. Oró para que la lluvia cesara y no hubo lluvia. De nuevo oró pidiendo lluvia, y la lluvia llegó. ¿Por qué motivo en la actualidad no se le habría de rogar fervientemente al Señor, por su pueblo?

Ojalá que el Señor nos llene por completo con su Espíritu. Ojalá que el velo se pudiera descender y que entendiéramos el misterio de la santidad. Anhele estar con Dios. Tengo hambre y sed de justicia. Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama mi alma por Dios. Le ruego a Dios por su pueblo, para que él derrame sobre nosotros las lluvias de su gracia.

Todo esto es una tarea individual. Cada cual debe edificar su carácter, oponiéndose a sus propias inclinaciones. No piensen que la culpa es de nadie, sino de ustedes. Ojalá que nos demos cuenta de ello, porque están en juego valores

eternos. No tienen ustedes nada que ver con los pecados ajenos, pero deben preocuparse mucho de sí mismos. Actúen como si no hubiera otra persona en todo el universo, excepto ustedes y un Dios puro y santo.

Todos los que profesan ser hijos de Dios deberían ser misioneros, deberían estar trabajando en la viña del Señor. A uno se le dieron cinco talentos, a otro dos, y a otro más se le dio uno. Todos son responsables ante Dios por esos dones. Los talentos que se nos han confiado han de ser desarrollados; y a menos que los invirtamos debidamente, a menos que seamos fieles usufructuarios, nuestro fin será semejante al del hombre que escondió su tesoro en la tierra.

“Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo” (Mat. 25:24, 25). La sentencia que se le aplicó fue: “Y al siervo inútil echadlo en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (vers. 29, 30). Esa será la parte de muchos profesos cristianos en la actualidad, a menos que se levanten y se esfuercen con denuedo en redimir el tiempo.

Dios los llama a ustedes a poner todo empeño en la obra. Ustedes tendrán que rendir cuentas por todo el bien que podrían haber realizado si hubieran estado en el lugar correcto; cosa que no han hecho. Ojalá que podamos ver que ha llegado el tiempo para ser colaboradores con Cristo y con los ángeles celestiales.

¿Despertarán ustedes? Hay almas en el entorno de ustedes que están necesitando de ayuda. ¿Han sentido en su alma la preocupación por llevarlos a la cruz? Tengan en mente que el mismo grado de amor que tienen por Dios, lo

mostrarán por sus hermanos y por los pecadores que están perdidos y separados de Cristo.

¹ *Manuscrito 1*, 1869. Sermón presentado en Battle Creek el 26 de marzo de 1869.

El deber de pastores y laicos de trabajar unidos en favor de las almas

Quiero decirles, estimados hermanos y hermanas, que este congreso –los estudios bíblicos y las discusiones, así como todo lo relacionado con él– me ha interesado mucho, y agradezco a Dios haber disfrutado de las reuniones, ya que nunca había participado anteriormente en convocatorias de este tipo. Sé que hemos contado con la presencia y la bendición de Dios en nuestro medio. Estamos a punto de partir; nuestros pastores se marcharán a ocupar sus diferentes puestos de labor. Luego, surge la pregunta: ¿nos reuniremos de nuevo? ¿Nos reuniremos nuevamente en un congreso? Probablemente, no. Quizá jamás nos juntemos en una reunión como la de hoy.

En la reunión de esta mañana, mientras escuchaba los testimonios presentados y se cantaba el último himno, que hablaba de reunirse para jamás separarnos, prácticamente me olvidé de todo. Mi mente se trasladó a la otra orilla, al día cuando habrá una inmensa reunión en la ciudad de Dios, alrededor del gran Trono blanco. Los redimidos estarán celebrando con cánticos su triunfal victoria, y alabando a Dios y al Cordero. Fue algo que me llenó de un solemne e inmenso gozo; que enterneció mi corazón, y no pude impedir que las lágrimas brotaran. Oh, qué felicidad disfrutaremos, reunidos alrededor del Trono; vestidos con las blancas túnicas de la justicia de Cristo. No más dolor, no más separación; sino que moraremos en paz, para vivir felices. Vivir en gloria por los infinitos siglos de la eternidad. ¡Qué comunidad feliz, cuán felices seremos!

Ahora, pensemos en algunos de esos mismos privilegios, al tomar en cuenta el infinito sacrificio de nuestro Salvador para que podamos convertirnos en hijos de Dios y miembros de la familia celestial. Cuando consideramos ese gozo y que todos esos privilegios serán nuestros, y que pueden ser nuestros a diario; que podemos disfrutar de los privilegios que les pertenecen a los hijos e hijas de Dios, ¿cómo podrá alguien proferir alguna palabra de queja? ¿Podrá alguien expresar una sola palabra de murmuración? ¿Cómo van a poder semejantes ideas alojarse en nuestros corazones?

Deberíamos ser la gente más agradecida del mundo. Nuestra felicidad depende de nuestra fe en Dios, de nuestra confianza en él; cuando pensamos en la esperanza que tenemos, en la fe que tenemos, que llega prácticamente hasta el otro mundo. Reconociendo que esa esperanza perdurará por las edades sin fin de la eternidad, desearía saber cómo se sienten ustedes en lo concerniente a las apelaciones que se les han presentado esta noche. Ellas implican llamamientos para que un ministro de aquí y otro de allí se encaminen a diferentes campos, y es casi imposible sacar un ministro para que acuda a otro territorio sin sustraerlo de aquel de donde proviene. Cuando consideramos que hay grandes ciudades donde no se ha realizado una obra especial, ¿cómo se sienten ustedes, mis hermanos? Bien, yo me siento como si una espada me traspasara el corazón. Creo que ha llegado el momento para que Dios levante hombres que se aboquen a esa tarea.

Si hay algo con que yo puedo contribuir a esta obra, lo haré. Sin embargo, hay muchos que están dispuestos a aportar de sus recursos, pero se abstienen. ¿Por qué no hay más personas dedicadas a esta obra? Es porque el egoísmo constituye la raíz del problema. Hay algunos que llegan a esta institución educativa, y acuden a ella con el propósito de trabajar en la obra. Pero se han realizado pocos

esfuerzos y ha habido muy poco aprecio por el propósito y el objetivo de ellos, muy poco celo en ayudarlos, hasta el punto que se han desanimado. El incentivo ha sido mínimo, muy poca la ayuda que se les ha prestado; por ese motivo, muchos han postergado su dedicación al ministerio. Ha habido jóvenes que podrían haberse dedicado al ministerio.

No es por falta de capacidad, tampoco porque no hubiera esperanza en cuanto a su idoneidad para el ministerio; sino que el egoísmo constituye la raíz del problema. Pensaron que podían ganar un poco más en los negocios mundanos; por eso el egoísmo los alejó de la obra. Podría haber veinte obreros donde hay solo uno que ha salido de las aulas preparado para la tarea. Existe una falta de interés en trabajar para Dios.

¿Qué es lo que sucede? La verdad que presentamos no es popular; es de lo más impopular que jamás se haya visto. Porque la verdad del sábado siempre incluye una cruz. Hay bastantes hombres que están dispuestos a predicar, pero pocos están en disposición de ser obreros; evitan lo que tiene que ver con el trabajo. No están dispuestos a visitar los hogares, a llevar la Biblia para enseñar sus sagradas doctrinas en el seno familiar; a asumir la responsabilidad por las almas; a llorar entre el pórtico y el altar, gimiendo: “Perdona, Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad” (Joel 2:17). No están dispuestos a interesarse por aquellos que escuchan sus sermones, a familiarizarse individualmente con los miembros de cada familia; a realizar esfuerzos personales a favor de ellos, a orar por ellos y con ellos; a mostrarles a los jóvenes que tienen un profundo amor por sus almas; a guiarlos al redil de Cristo bondadosamente, con ternura, con amor.

Ese tipo de labor llevará al ministro a arrodillarse en oración, a acudir a su Biblia. Y le hará sentir la necesidad de

confiar en Dios y de caminar por fe, sembrando la semilla de la verdad junto a las aguas, y orando para que Dios la riegue. Eso es trabajar: es el tipo de labores que se espera de cada ministro de Cristo. La razón por la que algunos de nuestros pastores no tienen suficiente fe, la causa por la que con desánimo caminan bajo una nube, es porque no trabajan como debería hacerlo un fiel pastor, cuidando de las almas como quien debe responder por ellas. Los verdaderos centinelas son pastores fieles. Las cualidades de un ministro no residen en la grandeza de sus talentos, ya que esta convicción podría ser motivo de su ruina. Consiste en la total entrega a Dios del corazón, para ser moldeado e impresionado según lo decida él.

Cuando Cristo llamó a sus ministros no acudió a una “escuela de los profetas”, sino a pescadores. Tomó a aquellos hombres con el fin de que se compenetraran con él, para colocarles su sello. Ese es el tipo de obreros que el Señor desea: hombres que estén dispuestos a sentarse a los pies de él; hombres que estén decididos a trabajar en cualquier lugar y a hacer cualquier cosa por el Señor; que no estén continuamente esforzándose por sobresalir.

Si ustedes creen que la responsabilidad del campo que hemos de cosechar es demasiado grande, hay otros tipos de trabajo ante ustedes. Ustedes podrían dedicarse a labores menores. Si desempeñan con fidelidad dichas tareas menores, estarán capacitándose para las tareas mayores, y así Dios les confiará una mayor responsabilidad. Aquí hay hombres que pueden hacerse cargo de una responsabilidad mayor en la obra proclamando la verdad, mientras que otros se adiestran para el colportaje. He pensado que podría realizarse una gran labor mediante el colportaje, para así alcanzar los corazones y esparcir la semilla de la verdad. Prácticamente cualquier persona inteligente puede llevar a cabo una labor aceptable y, si el yo se esconde en

Jesucristo, esa misma persona puede sembrar el conocimiento de la verdad de Dios entre sus vecinos, así como en las grandes ciudades donde no hemos penetrado; porque Cristo las apoyará en sus esfuerzos. Los miembros laicos se sienten muy débiles debido a que no llevan a cabo la obra que deben.

Cuando escuché el testimonio del hermano Conradi, pude entender por qué ha tenido tanto éxito: él se dedica con todo empeño a su labor. Se ocupa en ello como quien se propone hacer algo. No es la habilidad lo único que determina el éxito, aunque un talento santificado y la destreza son instrumentos especiales en las manos de Dios; más bien, hay que ser muy cuidadoso en el esfuerzo realizado. Cuando el obrero tiene acceso al corazón de la gente, esta dirá: “Bien, ese hombre es dedicado, él es de buen corazón”.

En cierta ocasión, alguien hablaba en la calle Market en forma sencilla y con gran convicción. Uno de los presentes era un hombre que estaba en camino a América del Sur. Él asistió a la reunión, y luego dijo: “Ese orador está completamente entregado a sus convicciones, lo que dice parece verdad. Algo debe de haber en lo que se ha presentado”. Él dijo a los hermanos que estaba por partir rumbo a América del Sur, afirmando: “Llevaré todas las revistas y los folletos que ustedes me entreguen”. El hermano Loughborough le suministró las publicaciones y él las llevó todas consigo.

Escuchen, hermanos: no deseamos actuar como algunos lo han hecho. He escuchado acerca de un hombre que estaba por cruzar un puente, por lo que preguntó: “¿Se puede confiar en este puente?” Otro contestó: “Lo he cruzado varias veces, pero no era muy seguro; sin embargo, después de todo, pasé por él sin problemas”. Llegó bastante

cerca del puente, cuando otro hombre se le acercó gesticulando y gritándole: “¡No cruce ese puente; si lo hace, correrá peligro! ¡Es peligroso!” Ante todo aquello, esperaríamos que aquel hombre entendiera la condición del puente, y supiera que era arriesgado cruzarlo. ¿Por qué fue el segundo hombre el que lo detuvo, y no el primero? Pues, porque el segundo hombre era alguien firme en sus convicciones. Estaba preocupado por la seguridad de su prójimo.

Lo que el Señor desea en su servicio es hombres de profunda convicción. Si ha habido alguna indolencia de parte de nosotros; si ha habido indiferencia, descuido y poca atención entre los que tratan con verdades solemnes y que ponen a prueba al individuo, el Señor desea que eliminemos todo eso. Él desea que ustedes actúen como si creyeran la verdad y que manifiesten celo y diligencia al compararla con la misma verdad que ustedes profesan cuando presenten la verdad a la gente.

No repitan un mismo discurso una y otra vez. Den una oportunidad para que el Espíritu de Dios los impresione; para que les dé ideas frescas y más luz. Todos necesitamos corazones que sean susceptibles al Espíritu de Dios, corazones totalmente inspirados por su Espíritu. De esa manera, lo que aprendamos en la escuela de Cristo será la mansedumbre y la sencillez de corazón. Debemos continuamente aumentar nuestros conocimientos, ser escudriñadores de la Biblia. Si estudiamos las Escrituras con el deseo de aprender y entenderlas, no dejaremos de encontrar ideas frescas y más luz. No preparen sus sermones trillando el mismo terreno, con las mismas conclusiones; sin dar la oportunidad al Espíritu de Dios para que aporte a las mentes de ustedes cosas nuevas y viejas, sacadas del tesoro de la verdad.